

Discurso de orden pronunciado por el Dr. Miguel Hurtado Leña en la sesión conjunta y solemne de los Consejos Directivo y Académico del Instituto Pedagógico de Caracas en homenaje a don Augusto Mijares en el centenario de su nacimiento.

Miguel Hurtado Leña es Licenciado en Historia (UCV) y profesor investigador universitario; Maitrise (libre) en Histoire (Université de Paris I Pantheon- Sorbonne; Doctorat de 3^{em} cycle; Doctorado en Historia (UCAB). Ha ejercido la docencia y la investigación en Educación Media y Superior (pregrado y postgrado) durante cuarenta años ininterrumpidos en las áreas de Historia Antigua, Historia de Venezuela (siglo XIX) y Pensamiento Bolivariano. Es profesor jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador; profesor titular en ejercicio activo de la docencia e investigación en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Católica Andrés Bello y en la Universidad Metropolitana. Ha recibido las distinciones: Alberto Smith (Primera Clase); Orden 27 de junio (Primera Clase) Orden Andrés Bello (Segunda Clase); Orden Francisco de Miranda (Segunda Clase). Ha publicado también diversos trabajos de investigación.

Acostumbrado como estaba en haber habitado siempre, modestamente, –y además muy a gusto– en el sótano de la estructura jerárquica y académica de esta casa de estudios, no pasó jamás por mi mente que alguien de los pisos superiores pudiese haber pensado que yo fuese la persona indicada para ascender al “salón principal de la casa” a pronunciar eso que llaman “discurso de orden” en un sesión conjunta y solemne de los Consejos Directivo y Académico destinada a rendir homenaje a don Augusto Mijares en el centenario de su nacimiento.

Que se haya pensado en mí a tal efecto y se me haya invitado a ocupar tan alto sitio, es un honor; lo agradezco como un gesto de confianza y como una distinción inmerecida hacia mi persona, pero confieso, al mismo tiempo, el pavor que siento frente a la responsabilidad de la misión que se me ha encomendado. ¿Qué decir que ya no se haya dicho? ¿Cómo escaparse del lugar común al que nos condenan todos los panegíricos que se supone que deben hacerse en estas ocasiones? ¿Cómo complacer a todo un auditorio, tan calificado como heterogéneo, en el que cualquier cosa que se diga puede que

agrade a unos pero también puede disgustar a otros?... No se si he logrado alguna salida airosa ante estos aprietos.

Mi primera duda surgió ante la palabra *solemne*, porque, según mi viejo diccionario, ésta significa: imponente, majestuoso, celebrado con gran ceremonia. El hecho de que la más alta Autoridad del Pedagógico haya programado esta gala ya supone que se da por sentado que Augusto Mijares fue un hombre que se merece tales honores; sobre eso no me cabe la más mínima duda, pero que mi persona o mis palabras puedan contribuir a darle a este acto las características que exige la *solemnidad*, lo dudo mucho.

Lo de *gran ceremonia* me hizo imaginar que tendría que resignarme a sufrir las incomodidades de la toga y el birrete; afortunadamente para mí, no fue así, pero se me antoja que, en esta especial ocasión, y por ser precisamente el Instituto Pedagógico el que rinde el homenaje, la noble e histórica simbología de aquellas prendas académicas, cargadas de tradición y genuinamente universitarias, hubieran sido –tal vez– la ornamentación más apropiada para enaltecer en su real dimensión la figura de Augusto Mijares, quien, para mí, –a pesar de que manifestó sus múltiples talentos en múltiples quehaceres– fue esencialmente, antes que todo, *un profesor... un gran profesor*, no sólo en el aula sino en sus escritos en los que, cualquiera que sea el

tema, aparece a cada instante un profesor que se valió de la historia para enseñar también lo que en su tiempo se llamaba Educación Moral y Cívica, materia fundamental en la cual –no sé por que razón–, hoy decidieron eliminar la noción expresa de moral para llamarla, a secas, Formación Ciudadana...

Pasó por esta noble institución, primero, como alumno y luego, algunos años, como profesor de Historia de Venezuela, y dejó sembrados en el corazón de sus compañeros y de sus discípulos, –aun en aquellos que no comparten totalmente sus ideas– el respeto y la admiración que se merecen siempre los hombres sabios que buscan, antes que todo, –como lo hizo él– la verdad y la justicia.

El tornadizo azar nos depara a veces felices ocasiones: una noche ya lejana en el tiempo y en mi memoria, asistí como invitado a la fiesta de bodas de un antiguo alumno de La Salle; me sorprendió enormemente que mi anfitrión estuviera pendiente de mi llegada. Al momento de recibirme me dijo: “Miguel, te estaba esperando... te voy a sentar a una mesa en la que está una persona a quien estoy seguro que te va a encantar conocer... te agradezco que me ayudes a que la pase bien”... Esa persona era don Augusto Mijares... Tras las frases de rigor, las timideces y los lugares comunes de los primeros momentos de estas incómodas circunstancias, no fue difícil

congeniar e ir entrando poco a poco en animada conversación con un hombre que me lució muy culto, afable, sencillo, de respuesta pronta y certera, curioso en las preguntas, atento a las respuestas. Jamás pretendió monopolizar la atención ni la palabra, como suelen hacerlo ciertos intelectuales de fama que he conocido –y de cuyo nombre no quiero acordarme– a quienes da miedo hacerles una simple pregunta o comentario porque en seguida adoptan aires de *pontífice* y, en vez de responderte simplemente, te dan una conferencia y parecen esperar que al final de su monólogo tú inclines la cabeza como queriendo decirles: *Roma locuta causa finita*. Por el contrario, Augusto Mijares –generosamente– me dejó sentir la ilusión de que hablábamos de igual a igual, sobre todo un poco, y de nada en particular profundamente... Ese saltar de tema en tema fue para mí un verdadero placer y, sobre todo, un aprendizaje. Fue grato, a la par que ilustrativo, tocar fugazmente muchos temas de interés nacional y oír, de viva voz, algunas de las opiniones que tenía sobre ellos el maestro, el filósofo, el sociólogo, el crítico social y, sobre todo, el perspicaz historiador.

Para ese momento yo había leído buena parte de su obra escrita, pero fue tras esa conversación directa con él, cuando confirmé la convicción personal de que el profesor Mijares se impuso a sí mismo una

misión que yo calificaría de quijotesca: calarse la celada, embrazar la adarga, empuñar la lanza, montar en su rocín, y así –armado caballero– lanzarse sin tardanza, por la puerta de atrás, a luchar en el campo de la historiografía, porque sentía que allí había... “*muchos agravios que deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer*”. Cada una de estas tareas que se impuso el Quijote de Cervantes las va a ir realizando Don Augusto –a su manera– en la medida en que una paciente revisión de la historiografía hispanoamericana le iba mostrando los desaguisados.

A diferencia del Quijote manchego, el quijote Mijares se lanzó a lo que creyó ser su misión, no porque se le hubiese secado de seso de tanto leer novelas de caballería, sino a la inversa, porque su lúcido seso le hizo ver que en la historiografía hispanoamericana muchos intérpretes –unos por apresurados, y otros por interesados o poco reflexivos– habían querido presentar como *gigantes* lo que no eran más que simples *molinos e viento* y habían convertido en *castillos* lo que no eran más que simples *ventas*. Ambos tienen los mismos ideales de justicia, pero en el *Quijote* cervantino la fantasía sustituía a la realidad y Mijares se esfuerza en que la realidad se imponga sobre la fantasía o la falsa interpretación.

Los escritos de Mijares fueron y siguen siendo polémicos, precisamente porque tratan de corregir entuertos y poner las cosas en su justo sitio, y eso molestó a mucha gente. Molestó, principalmente, a los comodones intelectuales, a los repetidores de oficio, a los que se creían conocedores de la historia venezolana porque habían leído –aunque fuese sólo a medias o quizá a cuartas– a Baralt, a González Guinán, a Gil Fortoul, a Landaeta Rosales, a Vallenilla Lanz o a Parra Pérez... pero no habían hecho otra cosa que utilizar el “método” que Collingwood llamó *de las tijeras y el engrudo* y que hoy se sigue utilizando –mucho más actualizado– bajo la modalidad que brinda la moderna hechicería de la computadora, la cual, al conjuro de una acción mágica que llaman *click*, realiza el prodigio de que un simple *ratón* pueda obligar a la endiablada máquina a que obedezca ciegamente sus órdenes: “¡selecciona!”, “¡copia!”, “¡corta!”, “¡pega!”. Así salieron (y siguen saliendo) en la interpretación de nuestra historia, en libros, artículos de revistas o de periódicos, y en textos para estudiantes, escritos u opiniones, que a veces lucen como vistosas y atractivas “colchas de retazos”, que combinan hábilmente y al azar telas de distintas tramas y de variado colorido para dar una falsa ilusión de conjunto o unidad.

Por el método de “cortar y pegar” se fueron formando frases

hechas, estereotipos, lugares comunes, que se repiten maquinalmente, simplemente porque así lo había dicho el *catecismo de historia y de sociología* que habían creado los grandes escritores hispanoamericanos del siglo XIX y comienzos del XX. Hay que reconocerles que tuvieron el muy loable propósito de hacer una interpretación *científica* o *sistemática* del devenir social de nuestra América; tan sólo que miraron nuestro pasado con gafas fabricadas en Europa o Norteamérica, y adaptadas, como es lógico, a sus respectivas ópticas.

No sé si con razón o sin ella, –pero éste no es el momento ni la ocasión de discutirlo– a algunos de estos escritores se les ha clasificado como “positivistas”, por la corriente del pensamiento que representan, pero, –en la práctica– por lo que opinaron y por las conclusiones a las que llegaron sobre la historia y el porvenir de Hispanoamérica, yo los llamaría más bien “negativistas”. Para la mayoría de ellos –aferrados a una particular concepción del *orden y el progreso*– el amasijo de sangre y de cultura que la historia formó sobre estas tierras, estaba mancillado por unas taras hereditarias que lo condenaban a una especie de maldición que consistía en un permanente estado de atraso, de miseria económica e intelectual, y de insensibilidad moral, a menos que –para

salvarnos– nos decidiéramos a purificar nuestra sangre, cultura y religión, mediante la importación masiva de inmigrantes de *raza y de cultura superiores* que contribuyeran a que la *civilización* importada lograra vencer a la *barbarie* nativa.

Mijares se dio cuenta de que había que releer a nuestros grandes historiadores y confrontarlos con el saber más moderno; pero se tenían que dejar de lado las muletillas, las *verdades* preexistentes, los conceptos equívocos y, sobre todo *las tijeras y el engrudo*; en su lugar se debía poner la reflexión consciente y el rigor metodológico para que en los juicios históricos, como en los juicios forenses sólo los testimonios *calificados*, se obligaran... *a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad*.

Tras ese tenaz releer y reflexionar sobre nuestra historia, Mijares llega a la conclusión de que la interpretación de la sociología hispanoamericana, hasta su época, había sido *pesimista* pues, no había razón para que los pueblos hispanoamericanos tuviéramos el complejo de creernos culturas *decadentes*, fatalmente destinadas a permanecer para siempre a la zaga de los países que aquellos historiadores tomaron como paradigmas del desarrollo histórico en sentido de *progreso*. Sostiene Mijares que en nuestro desarrollo histórico –a pesar de los infortunios políticos que por más

de un siglo detuvieron o desviaron nuestra reorganización republicana— puede encontrarse un conjunto de circunstancias, de hechos y de testimonios que abren un gran campo a la fe en el futuro de nuestros pueblos. La historia como memoria es un camino ya abierto, pero como todo camino conduce a una meta que se anhela, la historia también es esperanza de un futuro mejor.

Hasta muy entrado este siglo que ya muere, la literatura histórica y sociológica venezolana en general, —salvo escasas excepciones, Parra Pérez entre ellas— sólo encontraba alguna luz en el corto período de “la Independencia”; sobre todo el tiempo precedente y subsecuente no arrojaba más que dudas que invitaban a la negación de nuestro destino como pueblo. Ante ese panorama sombrío surge Augusto Mijares, quien, sin desconocer ni ocultar el cúmulo de desgracias de nuestro proceso histórico, tiene la valentía y la paciencia de hurgar con perspicacia y optimismo en las aguas turbias, para encontrar en ellas suficientes elementos que le permiten crear una teoría propia cuyo nombre imprime en la portada del más revelador de sus libros: *Lo afirmativo venezolano*. Ese creer en su país, a pesar de los pesares, esa fe en los valores subyacentes en el espíritu cívico de nuestro pueblo, le da unidad a toda su obra escrita y a sus múltiples quehaceres personales para servir a Venezuela.

Como historiador, Mijares rompe con algunas muletillas: las palabras iniciales de su excelente biografía de Bolívar son ya un reto a la opinión generalizada y mil veces repetida de que se tiene que exigir al historiador absoluta *objetividad* y, en virtud de ésta, la necesidad que existe de *humanizar* a los héroes. Ante esta opinión responde Mijares:

Exigir a un autor que sea objetivo al narrar una vida apasionante es un contrasentido; así como la pretensión de humanizar a los héroes, que con tanta frecuencia se vocea a propósito de las biografías, no deja de ser una pedantería insufrible.

Como la historia es a la sociedad lo que la biografía es al individuo, por eso lo de *vida apasionante* puede valer tanto para la vida de un hombre como para la vida de un pueblo. No acepta Augusto Mijares que el historiador tenga que limitarse a la fría narración de sus observaciones concretas, y —como pensaron los historicistas— que deba renunciar a la generalización y a la valoración de los *hechos* y de las personas so pretexto de pretender ser *objetivo*. Ese historiador situado fuera de la historia como un ente meramente contemplativo, prisionero de una realidad exterior que se le impone y que no admite la injerencia de las ideas, las emociones, las creencias, las opiniones y los propios sentimientos del historiador, es para don Augusto un despropósito.

Yo también estoy convencido de que lo único que se le debe exigir al historiador en nombre de la “objetividad” es que se acerque a “suceder histórico” que investiga sin posiciones apriorísticas, desprovisto de toda intención de forzar los hechos o los documentos para que éstos lo lleven a convertir en *conclusión* una *hipótesis* amañada que le interesa asentar por razones personales, de cualquier naturaleza que éstas sean.

Sostengo que historiador es un *descubridor*, no un *inventor*, debe registrar las luces y las sombras imparcialmente, debe anotar y tomar en cuenta, y a veces cuantificar, todo lo que va encontrando, tanto lo que favorece como lo que se opone a sus particulares preferencias o convicciones y, finalmente, hecho un balance, debe exponer con total honestidad *su verdad*, la verdad a la que él ha llegado —pero, eso sí— después de haber estudiado a conciencia soportes documentales auténticos, suficientes y serios. Ni engañarse ni pretender engañar; en sólo esto consiste la “objetividad” del historiador.

Heurística confiable y suficiente, crítica honesta y rigurosa, síntesis bien construida y convincente. Esto es lo que emplea Mijares y, a mi juicio, nada tiene de censurable, que defienda con pasión y emoción “su verdad”, tratando de demostrarla, para sustituir con ella el fárrago de falsedades convencionales, de

opiniones apresuradas o interesadas, de repeticiones sin reflexión, de simplezas revestidas de crítica, que han hecho que muchos aspectos de nuestra historia nacional hayan llegado deformados hasta nosotros y así aparezcan con harta frecuencia en los manuales con los que los jóvenes estudian nuestra historia.

En cuanto a la *humanización de los héroes*, exigida a los biógrafos con *impertinente frecuencia*, —como dice Mijares— él la considera una *insufrible pedantería* porque cree que es una posición tan falsa como la *deificación de los héroes*, que también es frecuente en la historiografía. Centrando su reflexión en la figura histórica de Bolívar, ve a los héroes, no como unos dioses que sólo exhiben perfecciones, “sin mezcla de mal alguno”, sino como hombres excepcionales que no pueden ser reducidos a la condición de lo común:

Humanizar a los héroes —dice— no debe ser solamente estar al acecho de sus debilidades o errores, sino también disculparlos con los mismos argumentos que son válidos para (disculpar) a los demás hombres.

Reconoce que los héroes pueden proceder “por los arrebatos de confusión, cólera, temor o precipitación” en los que solemos caer los demás hombres, pero no por eso se puede pretender que desciendan de su categoría de hombres excepcionales o extraordinarios que, por esa misma condición, merecen reconocimiento y justa

admiración, no “culto irracional y fetichista”. Lejos de considerar a los “héroes” como los únicos protagonistas de la historia, precisamente porque que se diferencian radicalmente de la masa del pueblo, más bien ve en ellos,—a la vez— la encarnación y la expresión *en concentrado* de las potencialidades y virtudes que se encuentran diseminadas y *en suspensión* en una especial forma de ser de la existencia colectiva, o de la conciencia nacional, la cual no nace por milagro o por un *fiat* que pronuncia un hombre solo en un instante del suceder, sino que es el resultado de un largo proceso que va fraguando en el crisol del tiempo el metal noble del *alma nacional*. Es ésta la que produce a los héroes y no al revés.

En su tarea de “revisor” y “corrector” no quiso inscribirse en ninguna “escuela de historiadores”, de esas que se definen por algún *ismo*—que adoptan como un credo— porque les proporciona doctrina, vocabulario y estilo, llámense éstos romanticismo, modernismo, historicismo, positivismo, marxismo... o lo que sea. Mijares es un historiador “a secas” y esto le da independencia de criterio, libertad en el estilo, facilidad para el elogio o la censura, credibilidad a su discurso y cierta originalidad de ideas, que pueden ser compartidas o no, pero de las que no se puede negar que son el fruto de la más consciente reflexión, realizada dentro de un

marco axiológico en el que rige la ética como primer valor. En este sentido, creo que Armando Rojas logró retratar perfectamente a don Augusto cuando dice que en su obra historiográfica:

aparece el hombre íntegro que rechaza y condena todo atropello y cualquier forma de injusticia, que no vacila en censurar acciones que atentan contra la verdad, que es implacable ante las interpretaciones acomodaticias y se rebela contra la mala intención y la vulgar calumnia que se oculta, como ponzoña, en muchos libros que se quieren hacer pasar como históricos.

Por ese afán de verdad y de justicia, cuando Mijares consigue en el tiempo y en los hechos que analiza, personajes que encarnan la antítesis de sus convicciones personales sobre lo que deben ser la acción pública y la moral republicana, no duda en transformar su habitual fina pluma en contundente “cachiporra dialéctica”, para reducir a la nada los personajes que considera indignos o a quienes la historiografía interesada les atribuye méritos que no tienen. Así como cree en el héroe también cree que existe el “antihéroe”, aunque no use expresamente este concepto. Veamos solamente unos pocos ejemplos de los muchos que podrían citarse:

El “incorruptible” Robespierre (con el adjetivo siempre puesto entre comillas) es para don Augusto:

... un infatuado demagogo, terrorista trufado de mala retórica y embadurnado de polvos de arroz,

que iba a bañar en sangre a Francia y que, fuera de eso, no aporta para figurar en la historia ni una sola acción noble, ni un pensamiento que pueda recordarse, ni siquiera una frase ingeniosa...

De Salvador Moxó –a quien Morillo dejó encargado del gobierno de Venezuela mientras él emprendía la reconquista de la Nueva Granada– Mijares dice:

...es sin duda alguna el funcionario español más despreciable que pisara tierra americana: además de cruel e inepto, era cobarde, mancha que no tuvieron los otros jefes españoles, codicioso como Monteverde y Cervérez y, para colmo, afeminado.

A Guzmán Blanco no deja de reconocerle muchos méritos, pero, al final, esos méritos quedan anulados ante la fatuidad, la soberbia y la codicia:

Guzmán Blanco distaba mucho de ser un necio y, sin embargo confundía la ostentación con la gloria y creía que las lisonjas significaban fidelidad. Era inteligente, enérgico, laborioso, y tenía ambiciones que merecen respeto; pero se extravió persiguiendo satisfacciones de codicia y vanidad literalmente grotescas. Pudo hacer un gran personaje, pero se conformó con la parodia; pudo reconstruir la República, pero se conformó con montar un circo.

Consecuente con sus propósitos quijotescos anteriormente enunciados no temió, cuando lo juzgó necesario, “agregar el hecho al dicho”: conocido es el episodio de la orden que dio, cuando fue Ministro de Educación, para enviar a las llamas una edición de 5.000 ejemplares de unos fragmentos de las *Memorias* de Jean Baptiste Boussingault.

Ante las repetidas críticas del grupo de escritores que consideró aquel hecho como un *auto de fe* y lo acusaron de *inquisidor, ministro incinerador* y cosas por el estilo, sale de nuevo el Quijote, lanza en ristre, para embestir contra los “agravios”, las “sinrazones” y los “abusos”: No quemé a Boussingault –les responde– sólo a una edición de pequeños fragmentos de su extensa obra de cinco tomos, y lo hice:

...por esta sencilla razón: que en la carátula del folleto se leía ‘Biblioteca Venezolana de Cultura’, ‘Ediciones del Ministerio de Educación Nacional’, y si yo me hubiera puesto a difundir por toda América una publicación así respaldada, eso equivalía a consagrar como fuente histórica fidedigna todas las necedades y calumnias que Boussingault había escrito contra Bolívar, contra las mujeres de América y contra la sociedad Venezolana...

En síntesis, entre líneas puede leerse lo que realmente quiso decir a sus “censores” a propósito del escrito que se negó a publicar: *...eso era basura... y la basura se quema*. Tan sólo que no utilizó esas palabras para no descender de su alta jerarquía académica.

Como Ministro, –de *Educación* precisamente– y como historiador que se respeta, se negó a cooperar activamente a difundir aquel panfleto y a darle *respetabilidad*. Tal vez –en la difícil situación en que quisieron colocarle– evocó en su memoria la actitud valiente de Fermín Toro en otras circunstancias y decidió

adoptar íntimamente una posición similar: ¡Mi cadáver lo llevarán, pero Augusto Mijares no se prostituye!

En medio de los crudos y desnudos ejemplos que Mijares esgrime para probar la intrascendencia de aquellas *Memorias* para la historia Venezolana, salpica al naturalista francés, aquí y allá, con las frases contundentes que suele emplear contra los personajes históricos que le enfadan *por razones éticas*:

Boussingault miente a sabiendas, (...) él mismo se jacta de ese desenfreno en el mentir, (...) falta a la probidad que debía conservar como científico cuando nada detiene su afán de mofarse cruelmente de todo, (...) por doquier no ve sino frailes libertinos y mujeres desvergonzadas. Y si algún mérito tiene –y a su manera– es que le bastan algunas líneas o mencionar de paso a un personaje, una dama o un suceso, para dejarlos cubiertos de fango.

Los pocos ejemplos que he citado son suficientes para hacer ver que Mijares fue un hombre de aquilatadas convicciones morales... y esta es la base granítica sobre la cual se levanta su fecunda obra intelectual y de servicio público en los que tuvo siempre muy en alto el valor “Justicia”, pero una justicia que se aparta un poco del concepto estereotipo. El mismo se encarga de explicárnoslo:

No me atrae tampoco la representación clásica de la Justicia, como una estatua vendada y con una espada en la mano. Prefiero la justicia combatiente de los santos y de los héroes, la que con los ojos alertas y acompañada del amor, la generosidad y el entusiasmo, está

dispuesta a recorrer el mundo como una diosa viva, no la que espera en un trono a que lleguen los oprimidos a suplicarle, sino la que sale a buscarlos

Después de haber mostrado las ideas rectoras que guiaron al hombre, ¿Qué decir de las cosas concretas que aporta el historiador? Creo que su mérito fundamental estuvo en dedicarse a revisar con profundo sentido crítico nuestra historia —como él mismo lo dice— “para dislocar algunos juicios rutinarios que se repiten sin examen” o para “romper algunos moldes admitidos hasta ahora” que (...) “pasan a los textos escolares para que los jóvenes sigan repitiendo rutinariamente falsedades”. Pero insiste en que (...) “deja al lector en libertad de formar su propio criterio o de volver a aquellos moldes si les satisfacen”. Que se incluyan también sus opiniones en el principio de no aceptar el dogmatismo.

En ese insistir en revisar conceptos u opiniones, Mijares siente la necesidad de refutar a muchos de nuestros viejos historiadores, sobre todo a Gil Fortoul y a Vallenilla Lanz, pero como le gustaba invertir un poco la rutina, en este caso, parece admitir que “lo valiente no quita lo cortés” y aclara, en una de sus notas de pie de página, el *espíritu académico* que lo guía en sus críticas a esos autores:

Las apreciaciones de Gil Fortoul en este sentido, que refutamos a continuación, aparecen con más rudeza en casi todos los historiadores

Venezolanos y corresponden al frecuente pesimismo con que interpretamos nuestra historia. De una vez por todas quiero advertir que si insisto a menudo en criticar a Gil Fortoul es porque considero que su obra es fundamental y que, al menos por mucho tiempo, tendremos que referirnos a ella, ampliándola o corrigiéndola, pero sin apartarnos de su admirable orientación crítica. Por otra parte, mis referencias constantes a otros autores tienen por objeto que este pequeño ensayo sea útil también a los jóvenes como crítica bibliográfica

A González Guinán le critica el hecho de ser un admirador apasionado y colaborador íntimo de Guzmán Blanco porque eso le resta fuerza a sus opiniones sobre la época, pero no deja de reconocer que este autor ...“también era un hombre de absoluta integridad moral, y no renunció a ella como historiador”.

Hacer un análisis completo de los puntos de vista originales de Mijares con los que intenta romper los *moldes tradicionales* sería un interesante tema para una tesis de grado. Pretender hacer aquí el inventario de esos puntos de vista sería un contrasentido, pues no es ni la ocasión, ni el lugar indicado, ni mis escasos talentos están armados para tamaña empresa; pero sí vale la pena enunciar o señalar de pasadas ciertos puntos sobre los que Mijares insiste con más frecuencia, porque esos puntos de vista han contribuido a que se renueve y se depure nuestra moderna historiografía en la frondosa generación de nuevos

historiadores que ya ha surgido y que se sigue formando en Venezuela.

Un “molde tradicional” que se repitió por mucho tiempo —basándose en la literatura de combate de la independencia, incluyendo a Bolívar, y en nuestro primer gran historiador republicano, Rafael María Baralt— fue el sostener que el período colonial fue una época de atraso, oscurantismo y abyección ...y que sólo las luces de la Ilustración francesa y de los Estados Unidos de Norteamérica vinieron a disipar la tinieblas... No es así, dice Mijares, y se esfuerza en demostrar que en la época colonial se fueron formando autónomamente los principios que culminaron en el propósito de crear una República como una *reorganización* del núcleo vivificador de nuestra nacionalidad que nos legaba España con su milenaria cultura. De allí que Bolívar, a pesar de sus severas críticas al régimen español, tuviera que reconocer que estas naciones nuevas, eran “...en cierto modo viejas en los usos de la sociedad civil”.

Siguiendo a Gil Fortoul también se repetía que la revolución de independencia no fue tal “revolución” sino un simple movimiento político que dejó casi intactas las bases estructurales de la sociedad colonial, para que el poder pasara de las manos de los funcionarios españoles a las de la oligarquía de las clases privilegiadas tradicionales que

sólo se preocuparon por imponer su “tiranía doméstica”...Tampoco fue así, –responde el maestro–: desde el 19 de abril de 1810 cuando José Félix Ribas representó a *los pardos*... “todo el pueblo venezolano –sin distinción de clases ni de fortuna– fue llamado a deliberar en los asuntos públicos” y cuando la Junta suprema convocó el Congreso de 1811... “reconoció a todos el derecho de sufragio, sin excluir siquiera a los analfabetos”, y concluye:

...por obra de aquella revolución, aun antes de haberse proclamado nuestra Independencia, quedó declarada la finalidad que sus autores querían darle: la emancipación no significaría simplemente la separación de España, sino la realización de una idea política que cambiaba totalmente la organización social en que se había apoyado el régimen colonial; antes de que Venezuela fuera estado soberano, quedó definida como nación democrática.

Los viejos textos escolares repetían que la Primera República se perdió en manos del sexagenario Miranda, por no ser el hombre indicado para las circunstancias, por su desconocimiento del medio, dada su larga ausencia del país, y por sus vacilaciones, que lo impulsaron a preferir rendirse ante el tamaño de su impotencia... De nuevo ¡falso! –opina don Augusto– “cuando a Miranda se le llamó al gobierno ya la República estaba perdida” (...) la capitulación frente a Monteverde no fue decisión personal suya”, sino consejo categórico de los más altos

funcionarios republicanos... No fue la vejez ni la ineptitud lo que marcaron su derrota sino *el infatigable agavillamiento* del que fue objeto Miranda por parte de los dirigentes republicanos desde su llegada al país; porque contra él existió “una tácita pero infatigable confabulación ensañada en aislarlo, espíarlo y tergiversar todos sus actos y palabras para inmovilizarlo”. A esta conspiración elitesca contra Miranda no escapan ni Martín Tovar, ni Juan Germán Roscio, ni el mismo Bolívar.

Mijares también combate las opiniones acomodaticias. Para justificar la *guerra a muerte* declarada por Bolívar en 1813, algunos opinaron que aquel acto “contribuyó a exaltar en los venezolanos el sentimiento de nacionalidad y marcó en forma tajante el camino revolucionario que el país habría de seguir” Argumento “falso y peligroso” –lo considera Mijares–; falso, por una doble razón: “porque el sentimiento de nacionalidad y el espíritu de sacrificio que debía acompañarlo era ya muy firme y porque el camino revolucionario ya estaba fijado desde las jornadas del 19 de abril y del 5 de julio” y el juicio es peligroso, “porque descarta las consideraciones morales” (que son fundamentales) y porque “es el que se acerca más al que hoy se usa para justificar la violencia política”.

Hay un personaje singular de la historia iberoamericana, y la venezolana particularmente, que

se llama “el caudillo”; muchas apreciaciones disímiles ha tenido y muchas discusiones ha generado este personaje en nuestra historiografía: para unos es el “responsable de la barbarie” y una “rémora para la institucionalización del país”; para otros fue el “creador de la democracia y del igualitarismo” Mijares ve que caudillo se apoya “en numerosos posesivos –sus tropas, sus oficiales, sus victorias, su prestigio y a menudo ‘su pueblo’ en la forma más concreta–”; esto hace del caudillo una figura “temible y fascinante a la vez” porque su autoridad espontánea y personalista “lo pueden convertir en salvador o en déspota y, a veces, ambas cosas a la vez”.

Que se haya llamado al caudillo Boves aventuradamente “el primer jefe de la democracia venezolana”, le parece un disparate, porque Boves –dice– “concibió el malvado designio de dividir a los venezolanos por medio de la guerra de clases y de razas para que se destruyeran unos a otros”... ¡y eso no puede ser democracia!. Niega rotundamente que, “que la república fue obra de los caudillos” y que “la democracia se le impuso por los azares de las guerras”, e insiste –una vez más– en que “república” y “democracia” fueron las bases doctrinarias de los fundadores de la patria; luego concluye tajantemente: “el caudillismo fue un subproducto de la guerra emancipadora que, en sus peores manifestaciones, iba a

perdurar casi un siglo y fue el mayor obstáculo a la reorganización hispanoamericana”.

En todo caso, el aporte de Mijares en el complejo fenómeno del caudillismo es que ni lo magnifica, como hacen algunos en aras del *populismo*, ni desconoce su aporte en el logro de la independencia, sólo que lo considera un fenómeno espontáneo y necesariamente *transitorio* y, además, insiste en que el caudillismo no es lo único que hay que ver en el panorama histórico del siglo XIX, porque también existió una clara idea del Poder Civil que luchó por imponerse. Esto fue lo que no vio o a lo que no quiso darle importancia Vallenilla Lanz a la hora de asomar su “gendarme necesario”.

En otra de sus actividades “revisoras” –y es quizá en la que más se detiene– Mijares desequilibra o disloca tanto la “periodización” como los “tipos históricos” que acuñó Gil Fortoul para los tiempos que corren entre 1830 y 1863, año en que concluye su *Historia Constitucional de Venezuela*. La terminología de Gil Fortoul fue acatada y seguida por casi todos los historiadores, hasta reciente fecha, como si fueran los principios de “una cartilla”, hasta que apareció la *evolución política de Venezuela (1810-1860)* del profesor Mijares quien se atrevió a refutarlo.

Para Augusto Mijares, no existió el tal *partido conservador*, simplemente, porque nadie se dio

a la tarea de organizarlo, ni ningún movimiento político quiso distinguirse con ese nombre y la presunta *oligarquía conservadora* sólo existió en el lenguaje demagógico de los opositores al gobierno a partir de 1840. ¿*Conservadores* de qué fueron un Santos Michelena, un Fermín Toro, un Soublette o un Vargas?... si no había nada que “conservar” en una república que tuvo que levantarse prácticamente de la nada, dado el estado en que quedó tras la larga y costosa guerra de la independencia. Un *gobierno deliberativo*, probo y creador, fue el de los hombres que rigieron a Venezuela hasta 1846. En ninguna otra época de nuestro siglo XIX se vio como en aquella, la animación de la vida pública a través de grandes discusiones sobre los intereses vitales del país. Fueron la inconsecuencia, la mala pluma y la demagogia de Antonio Leocadio Guzmán las que “crearon el mito de que sus adversarios representaban una clase detentadora de todos los privilegios y que vivía a expensas del pueblo”. Fue esa demagogia y la insensatez colectiva que desató en las elecciones de 1846, lo que puso fin a aquella “deliberación republicana” pues... “ambos bandos se lanzaron a una lucha que es tan censurable en sus procedimientos como en su finalidad”.

El gobierno que apoyaron luego por diez años Guzmán y sus partidarios, que Gil Fortoul llama

oligarquía liberal, no fue más que un atroz despotismo que envileció la república y en el que no se tomaron en cuenta para nada los verdaderos principios de la doctrina liberal.

Anarquía y devastación, y no “revolución popular”, ni mucho menos “revolución social”, fue lo que siguió a la caída de aquel sombrío nepotismo; y la guerra que se desencadenó con el pretexto de establecer “la Federación”, mal entendida y predicada como sinónimo de “democracia”, no fue más que una carnicería de cinco años que no trajo progreso alguno sino que, por el contrario, dejó a Venezuela en el peor estado de miseria y postración en todos los órdenes de la vida social. En este tema, parece que Mijares también se sirviese del *silencio* como recurso literario para mostrar su opinión pues es de hacer notar que a Ezequiel Zamora –el verdadero y más prestigioso jefe de “los federales” cuando se desató la contienda– apenas si lo nombra de pasadas en el libro que venimos citando, y lo único que dice de él es que “era el más hábil caudillo que aquéllos tenían”.

En esos años de *anarquía y devastación* –a pesar de los muchos signos negativos– en nuestro devenir histórico permaneció “lo afirmativo venezolano”, pues no lograron quebrarse en la conciencia colectiva ni el respeto a los principios, ni el rechazo al despotismo, ni el amor por la

justicia, ni la añoranza por las virtudes cívicas que manifestaban la voces rectoras, ni el permanente repudio concienencial a todo lo que signifique indignidad.

Por esto la “autocracia ilustrada” que estableció Guzmán Blanco, que puso cierto orden en las cosas, tampoco fue la detención de aquel doloroso y largo desvío que sufría Venezuela en la búsqueda del camino hacia la libertad de acuerdo con las normas del derecho; aquella autocracia modernizante y ostentosa no fue más que un “escenario de utilería” para que Guzmán hiciera una parodia del “progreso”, mientras el clima de rastrera adulación y de culto a la personalidad que se erigió como sistema en aquellos tiempos, hizo un gran daño moral a la república. Me parece que una explicación de este dislate podría encontrarse en la apreciación de Vargas Vila cuando dice que Guzmán Blanco... “se vengó de todo talento que no pudo dominar; y se conformó con imponer el silencio donde no pudo imponer el elogio”.

El “guzmancismo”, a pesar de las “reacciones” en su contra perduró –sin Guzmán– hasta el fin del siglo, y don Augusto considera que de esa época hay muy poco que comentar, salvo el fracaso de un “nuevo ensayo civilista” y la libertad de prensa que todos los gobiernos respetaron.

Como puede verse, tras los argumentos de don Augusto la imagen de nuestro siglo XIX –la

que habían proyectado las conclusiones apresuradas y su repetición irreflexiva– comenzó a cambiar para las nuevas generaciones.

Como un reproche más al pesimismo de los historiadores que sólo veían las miserias de los países americanos al compararlos con las grandes potencias de la “civilizada Europa”, Mijares les critica que no hayan visto que al cúmulo de aquellas miserias internas, debería agregarse también una externa: “la inmisericorde explotación del imperialismo económico practicado en nombre del progreso por aquellas naciones”, a las que acusa de haber protagonizado “una opresión organizada internacionalmente” contra estos pobres países. El atraso, la despoblación, la pobreza, el desorden, la ignorancia... eran condiciones de vida que esas mismas naciones superiores contribuían a perpetuar entre nosotros para luego aprovecharse de esas mismas miserias para acusarnos de incapaces, y tratar de obtener, por equívocos procedimientos, “indemnizaciones escandalosas”, para “enviar barcos de guerra a bloquear nuestros puertos” y “expediciones de conquista a nuestras playas”... En su condena al delirio imperialista de las naciones europeas a partir de 1870, Mijares también es implacable.

En esa condiciones de opresión interna y externa que no

dejaban fluir ni la libertad ni la democracia permaneció Venezuela hasta 1935. A Castro lo considera como un hombre que en su insania delirante montó un gobierno en el que “es imposible encontrar orientación alguna política o administrativa, sólo sucesos infamantes”... y el presunto “nacionalismo” que muchos autores le atribuyen fue una posición atolondrada que sólo se tradujo “en alardes de ‘heroísmo’ que no pasaban, naturalmente, de hueras alocuciones”...

El profesor Mijares se revela “antigomecista” hasta los tuétanos. A Gómez no le reconoce nada que le merezca pasar dignamente a la historia; ni siquiera “los únicos tres hechos” en que –según él– se basaban sus defensores para “elogiar” aquel régimen: “el pago de la deuda externa”, “las carreteras” y “la paz” que, por fin, llegó a Venezuela..

El pago de la deuda fue al precio de “extremar hasta el hambre las necesidades del pueblo, y sin reducir en nada el escandaloso aprovechamiento de los favoritos”... En cuanto a las carreteras, –salvo las de Caracas a Maracay, a Petare y a la Guaira– (...) “fueron apenas caminos de tierra, más anchos, pero no menos tortuosos que los tradicionales”. La carretera transandina, que se pregonó como la maravilla del siglo, “en un largo trayecto seguía el curso de una quebrada seca que de pronto se inundaba y arrastraba a todos los vehículos

que estuvieran en ella”, y ese detalle permite juzgar la calidad de toda la obra. Pocos se han atrevido a negarle a Gómez el mérito de haber acabado con el caudillismo y haber logrado la ansiada paz que Venezuela pedía a gritos. Mijares sí se atreve: la paz que, efectivamente logró establecerse, no se puede interpretar como un “don” que se deba a aquel “ignaro jefe primitivo”, como él llama a Gómez. Si todos los autores consideran que el estado permanente de guerra que vivió Venezuela por más de un siglo “debe atribuirse a numerosas causas históricas, sociales, económicas, políticas y psicológicas”:

así mismo la paz, como fenómeno correlativo tiene que tener múltiples explicaciones de fondo. Y una de las más evidentes (...) fue el descrédito en que habían caído los caudillos y políticos heredados del guzmancismo (y) el rencoroso desprecio con que el pueblo llegó a juzgarlos.

Como quiera que esa “paz” fue el hecho en que se basaron los intelectuales que lo apoyaron con la tesis del “gendarme necesario”, argumento que Mijares jamás quiso aceptar, éste sostiene que esa paz no se debió sólo a Gómez sino a que el pueblo se negó a seguir creyendo en los caudillos, y porque la conciencia nacional “tomó otro rumbo” para cierto es que el *maestro* marcó un rumbo nuevo a nuestra historiografía.

Fiel a su teoría de lo afirmativo venezolano, perenne

siempre en nuestra historia, maltrecho a veces pero siempre latiente, Augusto Mijares cierra su libro *La evolución política de Venezuela...* con una nota de optimismo que quizá a muchos pueda sorprender: Sostiene que en los 24 años transcurridos entre la muerte de Gómez hasta la fecha en que escribe, se había operado en Venezuela *una verdadera revolución...* “por empeño de la colectividad”, ayudada o no por los gobiernos. Y para sostener lo que afirma dice textualmente:

Al que le parezca que yo también incurro en exageraciones parecidas a las del siglo pasado al considerar lo que se ha hecho como una revolución, les diré: no es igual la Venezuela de hoy a la de 1935, porque no son iguales ni sus universidades, ni sus escuelas, ni sus cuarteles, ni sus hospitales ni sus Academias y Museos, ni sus carreteras, y edificios, ni su música, ni su legislación social, ni sus periódicos, ni la mentalidad de sus obreros, ni la clase de problemas en que se ocupan los dirigentes intelectuales y políticos de la nación. Y haber logrado una transformación favorable en todas esas actividades en solo 24 años, es una revolución.

Esto fue escrito en 1960, cuando apenas comenzaba a renacer entre nosotros la nueva democracia y existían unas esperanzas y una fe colectivas puestas en ella. Como reflexión valdría la pena preguntarse: ¿Pensaría lo mismo hoy, 38 años después, en medio de la crisis multiforme que hoy nos afecta, a la que parecen habernos conducido una especie de insensatez colectiva en la que han incurrido los gobiernos, las clases

dirigentes e incluso ciertas conductas del mismo pueblo? ¿Pensaría lo mismo Mijares si examinara con su acostumbrado sentido crítico los últimos gobiernos en cuya secuencia nos da la sensación de que el que ha seguido ha resultado peor que el malo anterior? ¿Seguiría creyendo en la revolución contemporánea en el estado actual de nuestra circunstancia?... Estos interrogantes no pueden disiparse, porque, desgraciadamente, no está don Augusto que es el único que podría respondernos. No obstante, ¿cómo me gustaría poder oír su respuesta a una última pregunta que yo me hubiera atrevido a hacerle si estuviese presente corporalmente!:

Don Augusto, Ud. sostuvo, a propósito de la guerra federal, que ‘un régimen verdaderamente revolucionario exige organización, más que cualquier otro y que los intentos revolucionarios en América generalmente se habían perdido (...) por haberse conformado alegramente con satisfacciones inmediatas y aparatosas que en nada benefician a las masas’. ¿Cabría dentro de este juicio la revolución que Ud. vio realizada en 1960?

Que cada quien se imagine lo que él crea que el maestro hubiese respondido.

Don Augusto fue un hombre que creyó firmemente que... “para lograr el mejoramiento social y político, se debía tener como base la educación de las masas, la colaboración de la moral colectiva y la participación casi directa del pueblo en la vida pública cotidiana”.

El país atraviesa hoy circunstancias muy críticas, vivimos un momento en que nada parece que estuviese en su sitio, en el que los problemas se agravan sin solución a la vista y, para colmo, en medio de una campaña electoral huera e insulsa que se inicia en el vacío más absoluto de debate ideológico, de definición de principios y de programas de acción... Ante esto, parece que Augusto Mijares hubiese tenido también una especie de don premonitorio que le permitió captar con impresionante certeza las causas del escepticismo que nos invade en el presente... Que estas palabras del profesor Mijares sean

para nosotros su *última lección* en este día memorable:

Los numerosos medios de que disponen hoy los intelectuales y los políticos para influir sobre el pueblo, se emplean más para confundirlo que para moralizarlo; en lugar de educación se le da propaganda. Se sabe que es más fácil hacer aceptar una consigna que una idea; que repetir constantemente una mentira es más eficaz que someter a la deliberación pública problemas o ideales; que el engaño, tanto como la fuerza, puede acostumar a las naciones a una pasividad casi absoluta. Esa es la mayor tragedia de nuestro mundo contemporáneo: que sigue creyendo en los ideales eternos de espiritualidad, justicia y libertad, pero ya no tiene fe en los medios necesarios para imponerlos. Así se explica que, por despecho o impotencia, se reniegue de ellos.

Ante este pensamiento, ¡cesen mis palabras!... El espíritu de Augusto Mijares está a las puertas de este recinto, sugiero que vayamos a recibirlo...

Caracas, 8 de julio de 1998

Nota del autor: Estas palabras fueron escritas para ser "leídas" en público, en un acto protocolar; no para ser "publicadas"; por eso consideré innecesario insertar las notas de pie de página que remiten a los textos de donde se tomaron las citas. Dada la finalidad de este escrito el "aparato crítico" no era imprescindible. Todas las citas textuales, que en el texto aparecen entre comillas, están rigurosamente transcritas y tomadas todas de las dos obras de Augusto Mijares que me parecieron ser las más útiles para preparar el "discurso" que se me pidió: *El Libertador* y *La Evolución política de Venezuela (1810-1960)*.